

El dolor en los tiempos del Quijote El antecedente barroco del realismo mágico: ¿oruga o gusano?

Gustavo A. Silva*

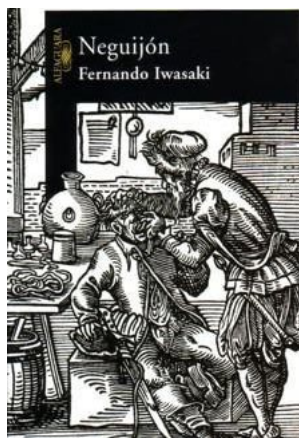
IWASAKI, Fernando: *Neguijón*. Madrid: Alfaguara, 2005; 170 páginas. ISBN: 84-204-6877-0. Precio: 13,5 euros.

En los dientes se engendra un gusanillo pequeño que llaman neguijón.

Gerónimo de Huerta. *Traducción de los libros de Caio Plinio Segundo (1599), libro II, capítulo 35*. Citado en *Diccionario de autoridades (1734)*, tomo IV, pág. 662.

neguijón. (Quizá de *nigellio, -ōnis, der. de nigellus, dim. de niger, negro). I. m. Enfermedad de los dientes, que los carcome y pone negros.

Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*, 22.^a edición.



Los albores del siglo XVII como telón de fondo y las ciudades de Sevilla y de Lima como escenarios alternos le sirven a Fernando Iwasaki para enmarcar esta obrita de filiación quijotesca que es, entre otras cosas, un homenaje tácito a la obra magna de don Miguel de Cervantes Saavedra. Los personajes con los que el autor peruano va poblando su narración son una corte de los milagros aquejada de una infinidad de males, achaques

y dolencias. Tanto estos como sus remedios son elementos medulares de la trama y se describen a tenor de los conocimientos de la época, en los que priman todavía creencias y supersticiones milenarias y unos conceptos científicos que aún no se desprenden de la tutela de los clásicos grecorromanos y árabes. Casi tres siglos antes del surgimiento de la teoría microbiana de las enfermedades, la teoría de la generación espontánea sigue campeando por los dominios de la medicina y de la sociedad en general, y, junto con la añeja teoría de los humores y el concepto no menos antiguo de los cuatro elementos fundamentales (agua, tierra, viento y fuego), da pábulo a las nociones más disparatadas —vistas desde nuestra época, claro está— acerca de las causas, la patogenia y la terapéutica de las enfermedades.

El diálogo escasea y la narración parece tener por objetivo acumular en la menor extensión posible, recu-

riendo en demasía a la simple enumeración, la mayor cantidad posible de excrementos, suciedad, podredumbre, pus, llagas nauseabundas y dolor. Este claro carácter escatológico no hace de su lectura algo apto para estómagos delicados.

Sobresale en la novela la omnipresencia del dolor en una época en que no existía la anestesia ni nada remotamente parecido y en la que el dolor de las operaciones quirúrgicas y dentales se pretendía aminorar mediante oraciones, el contacto con reliquias presuntamente sagradas y el flaco consuelo de que Jesucristo había padecido dolores mucho peores en la cruz. Desde el confort de nuestra época, causa escalofríos pensar en lo que debían de sufrir los seres humanos de entonces, inermes frente a los dolores de todo tipo.

El único calificativo que se me ocurre aplicarle a esta novela es el de interesante, sobre todo para quien tenga inclinación por los temas médicos tratados de manera descarnada y, reitero, un estómago de acero. Y debo admitir que una de sus virtudes es la brevedad.

Me parece que los personajes están en general bien trazados, especialmente el del capellán Tortajada. El retrato de la beata limeña Luisa Melgarejo, sin embargo, se merecía un mejor desarrollo y un poco más de definición, habida cuenta de que en este personaje se centra el elemento de suspenso que ayuda a mantener la atención del lector. Bien es cierto que la trama secundaria del suspenso arranca desde el comienzo y va subiendo paulatinamente de tono, pero la resolución final carece, en mi opinión, de fuerza y casi resulta anticlimática.

Aunque la obra podría encajar en la categoría de novela histórica, la verdad es que el autor no presta mucha atención al entorno en que se mueven sus personajes, con excepción quizá de las descripciones de la cárcel de Sevilla. No soy experto en el tema, pero me parece que ha hecho un trabajo aceptable de reconstrucción de la lengua española a ambos lados del Atlántico por los años en que transcurre la acción. Algo se aprende, sí, del instrumental de los sacamuelas y de la manera como lo usaban, gracias sobre todo a las láminas fuera de texto; pero el lector no debe esperar encontrarse con la descripción pormenorizada de ninguna técnica dental o quirúrgica.

Amén de la coincidencia temporal y de varias alusiones quijotescas, entre las que no falta un manco escritor ni un fraile y un barbero que escogen una serie de libros que habrán de destruirse en un momento dado, Iwasaki recurre a elementos extratextuales para reforzar la filiación cervantina de su texto, como son una serie de epígrafes tomados de obras del Siglo de Oro, incluido el *Quijote*, y un par de anexos en los que enumera una gran cantidad

* Organización Panamericana de la Salud, Washington, D.C. (Estados Unidos de América). Dirección para correspondencia: lsilvagu@paho.org.

de obras de consulta de la época en que sitúa su novela, y hace un esbozo de algunos personajes históricos que le sirvieron de modelo. En uno de esos anexos, Iwasaki nos sorprende al decir: «*Neguijón* es un recorrido imaginario por España y América en los tiempos del *Quijote*, porque me hacía ilusión sugerir que *la mariposa hispanoamericana del realismo mágico alguna vez fue un gusano barroco español*» (la cursiva es mía). Me parece que el autor se equivoca al pretender encaminar al lector hacia

una conclusión que éste debería ser perfectamente capaz de extraer de la lectura de la novela..., suponiendo que aquél haya hecho bien su trabajo. Por otra parte, es evidente que el símil le ha salido requetemal, pues es bien sabido que las mariposas no proceden de ningún gusano, sino de una oruga, que es algo totalmente distinto. Tal vez ese equívoco sea a fin de cuentas un reflejo fiel de lo que es la novela, pero esa es una conclusión que dejaremos enteramente a los lectores.

Diccionario (con patas)

Miguel Martínez-Lage

Traductor inglés-español. Pamplona (España)

El traductor es un bicho que pregunta. No siempre tiene el cerebro reptil, no siempre respira anfibio; no siempre, ay, es bípedo implume, y es proverbial su omnivoracidad cuando lo es de veras. Pero pregunta. A veces sin descanso. En eso es como todos y sobre todo como Duchamp, Marcel, quien muy serio, plantado ante el mingitorio, en un breve y necesario descanso entre dos movimientos no intestinales, pues en la sala contigua jugaba una partida de ajedrez con Benjamin Perès, amigo y biógrafo que fue de Henry Miller (no sería de extrañar que pariente de Domingo Perès, pese a ser uno parisino, el otro barcelonino y traductor de Conrad), soltó una pedrada memorable: «Yo no busco. Encuentro».

Las preguntas que el traductor formula no es que oscilen entre lo obvio y lo esotérico, lo banal y lo ignoto, el síntoma de Alzheimer incipiente y el *lapsus calami* (*tatis*, por Tut), la carta robada y las palabras perdidas, si es que existieron: es que son el filo mismo que cose por el dorso las dos caras de la misma hoja, que buenas cuchilladas nos asesta. Son preguntas entre cuyas rebanadas de pan tierno, untadas a menudo con tomate en rama y el mejor aceite de arbequina, encierran una rodaja défictica que tiene sabor a enigma. ¿Cómo se llama eso que acabas de hacer?, dice a menudo a su amor cuando otro amante se desharía en lenguas el mismo y furtivo gesto. Si no, como preguntaba José Manuel de Prada a los cuatro vientos, y eso que es conocedor de miles de cosas, «¿alguien podría decirme cómo se llama ese aparato que parece una plancha doble y que ponen a los infartados para revivirlos por medio de descargas eléctricas?». No faltaron, claro está, los que con desfibrilador en mano acudieron en su auxilio. Y yo mismo he descrito con todos los pormenores un vargueño de Bargas (Toledo), a fin de que la persona interpelada me diera el nombre preciso del armario.

Quienes responden a tales interrogantes, quienes se desviven con paciencia que para sí Job quisiera, decididos a hallar en un recodo de su acervo el nombre exacto que invocaba el poeta, y consienten a quien pregunta tan galopante manía, y sacian su sed de vocablos, son los que, a falta de mejor nombre y con reverencial cariño, descartando la doblez en lo sucesivo del plural genérico, que hay que ser bastante tarugo para usarlo de continuo, llamo «diccionarios andantes (*ma non troppo*, tengan o no tengan moto)».

Muchas veces, pese al acierto, las respuestas que nos brindan no son la meta en que la búsqueda termina, sino cauces imprevistos, desvíos que arrancan donde parecía imposible que nada condujera a nada, soluciones de compromiso, avenidas por las que uno se encamina para que guíe su derrota el *viento paráclito*. Como los desencuadernados y los descosidos, los impolutos, inservibles e imprestables; como los inencontrables y los manidos, los resobados porque más remedio no queda y los que se cortocircuitan (así, los de bucle tirando a melancólico: «Filisteo: natural de Filistea»; «Filistea: tierra de los filisteos»), que por fin hacen justicia al dicho y no ocupan lugar, como los musculosos y los panfletarios, los dispenseros y los de sobremesa, los sobreseídos y los magnéticos, y el de la Guardia Civil, que cerca queda del hampa y las germanías de su contrario, los diccionarios que respiran y contestan a una llamada telefónica y acuden a una cita en un café sin apenas margen de tiempo, de error, no sólo nos sacan del atolladero (o *quagmire*) con elegancia incomparable. A veces me pregunto si no serán en gran medida nuestra razón de ser.

Reproducido con autorización de *El Trujamán*, del Centro Virtual Cervantes (<<http://cvc.cervantes.es/trujaman/>>).